

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 3: BAUTIZAR LA FAMILIA

| | | |
|----|------------------------------------------------|---|
| 1) | INTRODUCCIÓN | 1 |
| 2) | BAUTIZAR NUESTRAS RELACIONES | 2 |
| 3) | EL BAUTISMO: UNA NUEVA FAMILIA EN CRISTO | 2 |
| 4) | “FAMILIA CISTERNA” O “FAMILIA MANANTIAL” | 4 |
| 5) | PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO | 5 |
| 6) | PRÁCTICAS | 5 |

1) *Introducción*

Solemos pensar en el bautismo como en un evento personal: mi bautismo. Pero nos cuesta entender que nuestra familia está también bautizada. ¿Qué significa esto?

Una imagen puede ayudarnos. Es el contraste entre santiguarnos con agua bendita y bendecir la casa. ¿Por qué asperjar la morada? ¿Qué añade esto sobre una bendición a cada miembro? Lo que se bendice al bendecir la casa es un lugar para habitar juntos. Se bendice algo que es común, una vida compartida. ¿No es esta bendición también una imagen de nuestro bautismo?

El bautismo significa acudir al manantial, abandonando cisternas. Ya conocemos la diferencia. Las cisternas, aunque nos dan sensación de que podemos controlar su agua, son limitadas. El manantial, por su parte, no está bajo nuestro control. Pero abandonando nuestro deseo de dominar, confiando en una riqueza que nos desborda, ya no nos falta el agua, porque este manantial es hondo e inagotable. El bautismo nos da este manantial, insertándonos en Cristo, que nos revela al Padre y nos hace sus hijos.

¿Existe esta misma dinámica en la familia? ¿Hay familias que son más bien cisterna, otras que se atreven a beber del manantial? Creo que sí, y que la diferencia nos la da el bautismo. ¿Lo tenemos olvidado, oculto, taponado? Entonces somos “familia cisterna”. ¿Lo dejamos brotar, vivimos y bebemos de él? He aquí la “familia fuente”.

2) ***Bautizar nuestras relaciones***

Veamos primero qué quiere decir que también la familia está bautizada. Cuando nos bautizamos no se bautiza solo el individuo. Somos personas que viven en relación, y el bautismo potencia nuestra relación. Así, cuando un hijo se bautiza, se transforma la relación con sus padres y hermanos.

Esto enriquece, por un lado, a su padre y a su madre, pues su paternidad y maternidad se hacen capaces de mediar mejor los dones del Creador para su hijo. Ahora los padres reciben más dones del manantial primero y se convierten en más manantial para su hijo recién bautizado.

El bautismo del hijo enriquece también a sus hermanos. Pues ahora el vínculo de la fraternidad viene también de Cristo y, a través de Él, nos une más fuertemente con el Padre.

Además, cuando alguien es bautizado, se hace capaz de un amor esponsal nuevo. Cuando crezca y se case, su matrimonio será sacramento gracias al bautismo que ambos esposos tienen. Dos bautizados pueden hacerse una sola carne según la medida de Cristo y de su Iglesia, porque el bautismo les ha incorporado a Cristo y a la Iglesia.

Una prueba de esto la tenemos cuando se bautizan dos paganos que estaban unidos por un matrimonio natural. En el bautismo su unión pasa a ser sacramental. Es decir: *el bautismo bautiza su vínculo*. Ahora no se bautizan dos individuos, sino que se bautiza también su comunión en una sola carne. Recordemos la expresión que encontramos en los Hechos de los Apóstoles: bautizarse “con toda su casa” (Hch 16,15).

Esto puede ayudarnos también para entender el sacramento de la penitencia. El perdón que recibimos allí no es solo individual. No se nos regenera solo como individuos, sino en toda nuestra persona, a la que pertenecen también nuestras relaciones. El perdón nos toca en todos nuestros vínculos. Por eso el efecto de la penitencia es benéfico para la familia entera. Algo se regenera en cada uno cuando nuestro padre, madre, hijo o hermano recibe la absolución. Se reconcilia con Dios toda la casa.

Recordemos a este respecto una escena del Antiguo Testamento, cuando Josué propone a todo Israel vivir según la Alianza. Les avisa de que pueden elegir a quién quieren servir y quedarse con los ídolos que les permiten vivir según sus deseos. Y luego añade Josué: “mi familia y yo serviremos al Señor” (Jos 24,15). No dice solo “yo”, sino “mi familia y yo”. Indica así que el Señor va a hacer alianza con toda su casa, transformando el modo en que viven como marido y mujer, padres e hijos, abuelos y nietos... ¿Cómo lleva Cristo a cabo esta transformación de la familia?

3) ***El bautismo: una nueva familia en Cristo***

Cuando Cristo se bautizó en el Jordán su bautismo afectó a todos los hombres, precisamente porque somos su familia. Él se ha hecho hermano nuestro, y lo que le pasa a Él nos toca a nosotros. San Lucas, al narrarnos el bautismo de Jesús, nos trae toda su genealogía, remontándose de padre en padre hasta llegar a Adán. Toda la familia humana se renueva si entra en Jesús.



Esto puede verse en la predicación de Jesús, precisamente a partir de frases que parecen poner en entredicho la familia. Se entienden solo si pensamos en la transformación que Cristo trae a la familia.

Por ejemplo, cuando Jesús dice: “el que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”. Y luego añade: “o a su hijo o a su hija” (*Mt 10,37*). Según san Lucas (*Lc 14,26*) Jesús habla de aborrecer padre y madre, esposa e hijos, hermanos y hermanas. Y concluye así: aborrecer hasta la propia vida.

Esto nos da una clave. Se aborrece la propia vida y se pierde para ganarla nueva, poniendo en el centro a Cristo. Apliquemos lo mismo a las relaciones familiares. Se aborrecen para transformarlas en Cristo. Lo mismo que “el que pierda su vida la ganará”, también “el que pierda a su hijo (o a su padre, madre, hermano...) lo ganará”.

Cristo está pidiendo que le pongamos a Él primero, porque Él da su fundamento a las relaciones de la familia. En efecto, Cristo nos revela al Padre, y del Padre depende toda paternidad en cielo y tierra (*Ef 3,14-15*). Sólo desde el Padre podemos ser padres, sólo desde el Hijo aprendemos a ser hijos, sólo desde la entrega de Cristo por la Iglesia aprendemos a ser marido y mujer. Igual que hay que matar al hombre viejo hay que matar las formas viejas de relación, que no tienen a Cristo como manantial.

Otra frase de Jesús habla de abandonar padre y madre, esposa, hijos, hermanos y hermanas (*Mt 19,29*). Pero enseguida Jesús añade que se recibirá cien veces más familia, con persecuciones. Hay que abandonar una forma de ser padre y madre, esposo, hijo, hermano, para seguir a Cristo. Entonces se entra en una forma de ser padre y madre, esposo, hijo, hermano, donde se es cien veces más todo eso, aunque con el sufrimiento de un nuevo parto.

También es dura la frase en que Cristo dice traer espada, y no paz (*Mt 10,34-35*). Es decir, ha venido a poner a hijo contra padre y a padre contra hijo... Podemos pensar que Cristo habla de una nueva forma de ser padre, madre, esposo, hijo... que es contraria a la antigua. Y entre ellas hay contradicción. Por ejemplo, si el hijo se renueva en el bautismo y el padre no, cambia la relación entre ellos. El padre no bautizado sigue esperando que el hijo le considere origen absoluto de su vida. Y el hijo bautizado mira a su padre con gratitud porque le ha mediado un don del Padre del cielo.

Un ejemplo de esta transformación es la madre de Santiago y Juan. Lo que pide para sus hijos es propio de quien no ha aceptado a Cristo como centro de sus relaciones. Cristo va a concederle lo que pide, pero transformado a partir de su bautismo: “¿podéis ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado?” (*Mt 20,22*). Y este don resultará ser muy diferente a lo que ella esperaba. Lo experimentará cuando esté junto a María al pie de la cruz y vea los puestos a derecha e izquierda que había pedido para sus hijos. La madre de los Zebedeos aprendería de la Virgen María a transformar su maternidad. Esto le permitiría aceptar luego la persecución de sus dos hijos, que beberían el cáliz de Jesús. La familia de Zebedeo se convirtió en una familia bautizada en el nombre de Jesús.

Fijémonos ahora en cómo el bautismo opone dos modos de ser familia. ¿Estamos dispuestos a aceptar que nuestra familia ha sido bautizada?

4) ***“Familia cisterna” o “familia manantial”***

Una familia bautizada posee ese dinamismo que permite seguir la ruta de Cristo. La novedad del bautismo es que une nuestras relaciones con el manantial que nace del Padre. Pero podría ocurrir que nuestro bautismo no actuara plenamente sobre estas relaciones. Nace así un contraste entre familias manantial y familias cisterna.

a) En una familia todos damos y recibimos. Necesitamos cariño, cuidado, amor de los otros, y a la vez damos cariño, cuidado, amor. Pero cuando nosotros somos la fuente de ese amor, todo se limita mucho. Empezamos a contar lo dado y lo recibido. Hasta hacemos lista mental de debe y haber. Cuando llegue una situación difícil o cuando un problema se atasque, nos será difícil la generosidad de quien da el primer paso en acogida o en perdón. La lógica termina siendo la del cálculo cerrado, que impide que la vida fluya.

La cosa cambia en una “familia manantial”, porque la fuente de la relación con los demás ya no es el don que nosotros damos o recibimos, sino el don que Dios nos ha dado juntos. Cada uno tenemos un manantial, y esto nos permite entregarnos sin contracambio. Ya no hay cuentas sobre lo que doy o recibo, porque vivo en la sobreabundancia de una fuente inagotable que me convierte a mí también en fuente. Es posible la generosidad y es posible dar el primer paso sin esperar que lo dé el otro. Se cumple lo de san Pablo cuando habla de ese “todo” de la caridad: “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera” (1Cor 13,7). Lo excusa y tolera todo en el hermano, porque lo cree y espera todo de Dios.

b) También cambia el modo en que vemos al hermano en una “familia cisterna”. Puedo verle como alguien que me asegurará la felicidad. Pienso que si todo va bien mi mujer o mi marido me harán feliz, o que me harán feliz mis hijos o nietos. Y que yo me basto para hacerles felices a ellos. Luego, claro, llega la desilusión. Porque nuestro corazón pide más que lo que puede dar una persona finita. Pide saciarse del manantial originario.

¿Y en una “familia manantial”, donde circula el bautismo? Entiende cada uno quién es el único que llena el corazón. Sólo la fuente tiene agua de sobra para satisfacernos. Mi marido, mi mujer, mis hijos, mis padres y hermanos, toda mi familia, no se me ha dado para saciarme, sino para que juntos caminemos a la meta que nos impulsa y que nos supera. Esto nos resguarda de la desilusión y alimenta nuestra esperanza.

c) La diferencia se muestra también en la relación de la familia con su ambiente, con la sociedad y la Iglesia. La “familia cisterna” se considera como fin último. Uno pone su ideal de familia por encima de todo, y adapta las cosas a ese ideal. Va a Misa, por ejemplo, porque cree que esto le ayuda a conseguir orden y unidad en su familia. Busca a otras familias en cuanto le permitan reforzar su visión de la familia. Y lo mismo con la escuela. Si pensara que la Eucaristía o la Iglesia ya no le ayudan a fortalecer su ideal, dejaría de ir a la Eucaristía o a la Iglesia.

Cuando el bautismo circula por la familia el dinamismo es distinto. La familia ya no es la realidad última. La carne y la sangre se relativizan frente a la llamada a hacer la voluntad de Dios. Se percibe bien que la familia, incluso en su realidad natural, no está llamada a perpetuarse, sino a deshacerse, cuando los hijos



se van, para que formen otras familias. Desde el bautismo, la familia vive para edificar el Reino de Dios. La Eucaristía no es sólo una ayuda para mi visión de la familia, sino el fundamento de la familia. Y se mira también de otro modo a la comunidad cristiana, por ejemplo, a Familias de Betania. Ya no es solo un apoyo para fortalecer mi idea de familia, sino una llamada a edificar más allá de mi familia, porque sin esa misión y esa entrega, mi familia se sofoca y no florece.

Además, en una “familia cisterna” se ora porque se perciben las necesidades de la familia. La “familia manantial” ora, ciertamente, por estas necesidades. Pero ora también porque sólo orando entra en contacto con el manantial que permite a la familia hacerse manantial de vida para otras familias.

Renovemos, pues, el bautismo de nuestra familia. Dejemos que fluya su agua por nuestras relaciones familiares. Que se bautice nuestra forma de ser padres y esposos e hijos y hermanos. Puede ayudarnos la práctica de la consagración en Familias de Betania. ¿Qué significa y por qué la necesitamos? Esta consagración se entiende desde el bautismo, que es la consagración originaria de nuestras relaciones. Hacemos la consagración como matrimonio a la Virgen, o como familia al Corazón de Jesús, para apreciar mejor la consagración originaria del bautismo de toda nuestra casa. Es como decir: elegimos no olvidar el manantial, trabajamos para que despliegue toda su energía en nuestro modo de ser padres, esposos, hijos, hermanos, familia con otras familias. Por eso hacer esta consagración es como decir: “mi familia y yo serviremos al Señor” (Jos 24,15).

5) Preguntas para el diálogo

- 1- ¿Por qué el bautismo de cada persona no es individual?
- 2- ¿Qué importancia tiene que el bautismo toque los vínculos y las relaciones entre nosotros?
- 3- ¿Por qué el bautismo de Cristo trae tanta novedad a la familia? ¿Por qué los lazos naturales quedan reconfigurados?
- 4- ¿Cómo unir nuestras relaciones con el manantial que nace del Padre? ¿Qué prácticas concretas pueden favorecer esto?

6) Prácticas

- Ir como familia a confesarnos y celebrarlo juntos. Mientras los demás se confiesan cada uno permanece en oración, agradeciendo por el perdón que nos llega al ser perdonados los demás miembros de la familia.
- Vivir el día de Betania (DdB) desde la generosidad con las otras familias, pues la familia que pierde la vida, la gana para vida eterna.